

CELCIT. Dramática Latinoamericana 393

# SÓLO VINE A VER EL JARDÍN

Silvia Peláez

PERSONAJES: M (1) / F (5)

Alicia

Eglantina

Elena

Flora

Adolfo

Bety

A lo largo del texto, se incluyen los siguientes elementos como:

**Tregua**

Los personajes se toman un respiro, una pausa, una tregua; hacen una transición.

**Paréntesis**

(Colocados en algún diálogo, indican que se trata de pasajes que deben ser dichos suavemente, en baja voz.)

**Tres líneas consecutivas ---**

Significa un cambio de tiempo o lugar.

1

EL JARDÍN

*Abre una puerta y se coloca frente a un espejo de cuerpo entero.*

FLORA

Alicia dice: Sólo vine a ver el jardín. Y se abre un mundo para ella. El jardín es el centro del mundo. Vengo a este jardín a encontrarme conmigo misma. No hay nadie más. El jardín con su misterio, sus aromas. En mi cerebro un jardín es verde. Y así recupero el sentido de las cosas que se pierden en mi cuerpo, en la inmensidad de la carne. El jardín del recuerdo-sueño, perdido en un más allá del pasado verdadero. O escondido. Como te puedes esconder en un jardín detrás de matas y plantas. En este jardín puedo estar oculta y guardar mis secretos. Ellos, los otros, no vienen por aquí.

No quiero hablar del jardín, quiero verlo y vengo aquí. Cuando puedo, porque en esta vida no siempre se hace lo que uno quiere. Vengo, y paso horas en este jardín. Cuando pienso en lo verde que es, con más fuerza quiero verlo, no importa si eso es imposible. De hecho, por esa imposibilidad. Iba corriendo y me caí. Me tropecé con mis propias piernas. Fue como si tuvieran voluntad propia y se hubieran enredado en una trenza. Una trenza como esas de pan, cubiertas de azúcar. Me caí. Las rodillas, con menos carne, sin grasa, terminaron golpeando el pavimento. Las pequeñas piedras se incrustaron en los huecos de la rótula. El grito de dolor no salió por mi boca. Me caí y no grité. Un grito de dolor o para pedir ayuda, habría sido contraproducente. Todos aquellos que no habían reparado en mí, notarían mi presencia. No grité. No sé cuándo fue la última vez que grité o lloré. Debí haber sido muy niña, cuando se llora por pequeñas cosas, cuando mamá aún estaba con nosotros. Lejos está ese tiempo en que mis ojos se humedecían o mi boca se abría en una O para gritar. Apenas recuerdo el sabor de las lágrimas y ese placer de sentirme atendida. (Mi voz ha aprendido a guardarse en la cueva de mi pecho. A veces sube despacio por mi garganta, pero regresa corriendo a su escondite. Mi voz es tímida. Y aunque tenga un dolor muy fuerte o una alegría muy grande, permanece escondida.) Antes cantaba. Ponía en el aparato un disco, elegía la canción y calculaba el surco exacto para la aguja. Y cantaba imitando a Billie Holiday o a Judy Garland. (Tararea.) Me caí, y todas las miradas estaban sobre mí, no, no sobre mí, mi persona, sino mi cuerpo.

*Tregua. Se escuchan voces a lo lejos.*

EGLANTINA

¿Dónde estás, Flora? Ven acá.

ELENA

Nunca sé dónde se mete.

*Se alejan las voces.*

FLORA

Ya no. No grito, no canto. Me caí y ahí estaba, con todo el peso sobre las rodillas, lágrimas silenciosas en mis mejillas, cuando una voz gruesa, aterciopelada, me dijo: ¿Está bien? ¿Me permite ayudarla? No pude contestar pero lo que más deseaba es que se alejara. Me sentía como una morsa en el pavimento. Ni siquiera podía verlo a la cara. Las piedrecillas seguían oprimiendo la piel, como si quisieran meterse en mi cuerpo y buscar un rincón de grasa y anidar para convertirse en perlas. Con la mano, que sentí mastodóntica, rogué que se alejara, pero podía ver sus zapatos inmóviles junto a mí. No quise mirar hacia arriba. Hice un movimiento torpe, sin pensar, y de mi carpeta salieron volando unos papeles. Eglantina me esperaba y no le gusta la impuntualidad. No podía más que balancearme de un lado a otro, en una esfera donde el tiempo se había detenido, igual que el hombre. En ese momento, no supe si realmente quería ser amable o buscaba que mi falda fuera levantada por el viento y entonces poder atisbar mis muslos que descienden como olas de grasa. Entonces me volví para verlo, pero el sol detrás de él me lo impedía. Se movió, me rodeó, me

inspeccionó y acercó su rostro al mío. Pude verme en las micas de sus anteojos: un animal, eso era, un león marino fuera de su isla, una masa adiposa y suave, nalgas demasiado anchas que dejaban ver la inflamación de las células, y un vientre como globo. Algo dijo. Yo no lo escuchaba. Sólo quería que se fuera, que me dejara sola, para levantarme en cuatro patas, tratando de guardar el equilibrio. Él insistía. ¿Que no puede callarse de una vez, respetarme y largarse? No necesitaba su ayuda, sólo estar sola. No sentirme juzgada, vista, observada. Aquí en el jardín nadie me mira de esa forma. Y entonces ocurrió lo peor. Me tomó de las muñecas. Sus manos no podían cerrarse y se resbalaban en mi piel blanca y lechosa. No me movió ni un centímetro. Me halaba y me hacía doler la axila. Eran demasiados los ciento cincuenta y tres kilos de mujer. (Puede tener una herida, y luego se infecta, y después no hay remedio.) Me dijo. Solté una mano, y la apoyé en la baldosa; el volvió a halarme hacia delante, sus dos manos en mi mano izquierda, y mi mano derecha como apoyo en el suelo. Me erguí y me sentí en verdad como un mastodonte.

*Tregua.*

*Otra vez las voces.*

*Eglantina entra al espacio donde está Flora, pero no la ve.*

#### EGLANTINA

No sé cómo logra esconderse con semejante tamaño. No sé dónde se mete. Una vez me dijo que va al jardín, pero no tenemos jardín en este departamento. Lo hace para molestarme. Como todo lo demás.

*Sale.*

#### FLORA

Hay una farmacia en la esquina. Vamos. (Dijo el hombre.) Mis rodillas sangraban y los hilillos rojos iban a parar dentro de mis zapatos, formando pequeños lagos. En la farmacia, me senté en una banca y la responsable se acercó al hombre. Él señalaba mis rodillas y yo trataba de sonreír, mirándolo con agradecimiento, como una vaca. Se acercó la mujer y miró mi cuerpo de arriba a abajo, menos la cabeza, como quien compra en el mercado. Sonrió y desapareció tras el mostrador. Mis piernas estaban bañadas en sangre a pesar de que las heridas eran pequeñas. Se fue juntando la gente. Exclamaban, mirando y señalando mis rodillas. ¿Harían lo mismo si yo no fuera tan enorme? Formaron un círculo a mi alrededor. Y yo cerré los ojos. La responsable de la farmacia regresó con un enorme trozo de algodón mojado en alcohol. Limpió la sangre y la herida. Aplicó un desinfectante con demasiada lentitud para aquellas heriditas. Más bien trataba de prolongar el espectáculo. Y yo debía estar agradecida. Me sentía como una ballena encallada en la ciudad, rodeada de transeúntes. La responsable y el hombre se miraban de reojo y parecían sonreírse, o reírse o burlarse. Y los odié. Aunque no dije nada. Me imaginé entonces como una bomba humana. Explotaría a la siguiente sonrisa y vería con placer cómo se ahogaban, asqueados, por la grasa, carnes, huesos y tendones.

*Tregua.*

Siempre tengo la sensación de que me agreden, me observan, me juzgan. Dicen que es soberbia. Lo que creo es que no hay una sola persona sincera cuando pesas ciento cincuenta kilos.

---

2

LA FONDA

FLORA

Acomoda sillas metálicas.

Vaya, ya estás aquí.

EGLANTINA

Flora, ¿terminaste con las sillas?

FLORA

No empieces con eso. Sabes que me toma tiempo. ¿Cuál es el menú de hoy?

EGLANTINA

Mira, las de abajo. Las que soportan el peso, están por romperse.

FLORA

Si tanto te molestan apiladas unas sobre otras, ¿por qué no las acomodas tú?

*Tregua*

EGLANTINA

A ti te viene muy bien el ejercicio. Lo que pasa es que eres una floja.

FLORA

No puedo hacer ejercicio.

EGLANTINA

Estás gorda, por eso. ¿No has visto cómo te miran los clientes?

FLORA

Yo no los miro. Me limito a servirles. Y no sé por qué tú los miras mirarme.

EGLANTINA

Si no fuera por mí...

FLORA

Dilo, dilo. No tendría trabajo. Ni techo ni comida. "Porque nadie da trabajo a una mujer como tú", dices. Claro, siempre me lo echas en cara.

EGLANTINA

Preferible a ser flaco, esmirriado.

*Tregua.*

*Entra Elena.*

ELENA

(He visto gordos horrendos.) Hijas, ¿cómo va todo? ¿No me digan que están discutiendo otra vez? De niñas se llevaban tan bien.

EGLANTINA

Ah, pasa, mamá. Ya está todo para abrir hoy. Un día más de la famosa comida corrida de las hermanas Mantecón.

FLORA

(Si tan sólo pudiera cambiar mi apellido.) Ahí tienes a tu Viterbo, hermana. Tan flaco, tan con ese nombre, tan en los huesos. Y a ti te parece guapo.

EGLANTINA

Mejor eso que sola. O que cualquier extraño que te mete la mano bajo la falda recargada en el árbol de un parque. No creas que no lo sé.

*Tregua.*

ELENA

Uhhh. Qué rico se ve este cerdo en pipián. Levántate de esa silla, Flora, que la vas a romper. Y de silla en silla vas a quebrar el negocio.

FLORA

¿Qué más hay de comer?

EGLANTINA

Adivina.

FLORA

Voy a adivinar por el olor. (Me choca cuando se pone así, misteriosa.)

ELENA

Eso. Deberías comer sólo por el olor. Y así bajarías algún kilo...

FLORA

Los olores me estimulan para comer comida que se pueda ver y tocar y morder y engullir. Me gusta comer, ¿no lo entiendes? Me siento bien así. No quiero ser como tú, ni usar talla dos. Lo grande es bello porque es suficiente, pleno, abundante. Es mag-ní-fico.

ELENA

Eso crees. Engáñate a tí misma, anda, hijita. Sigue con tus sueños.

*Tregua.*

EGLANTINA

Por eso no bajas, hermanita, ni un kilito. Si a diario cargaras y acomodaras las sillas, verías que en unas semanas, te volvía a quedar el pantalón del velorio de tu papá.

FLORA

Pasó de moda. Nuestro padre, Eglan. También era tu papá.

ELENA

No fue hace tanto tiempo.

EGLANTINA

Para mí fue hace siglos. Íbamos en la secundaria. Y fue más papá tuyo que mío. Eras su consentida.

ELENA

Sí, hija, tu hermana tienen razón.

FLORA

¿Qué era más padre mío?

ELENA

No. Que te quedaría toda tu ropa de antes. Volverías a tu talla. Serías nueve o doce por lo menos, y no tendrías que mandar a hacer ropa especial.

FLORA

La quemé.

EGLANTINA

¿La ropa que no te quedaba, la quemas? Qué egoísta. La hubieras regalado a los pobres. No. Antes me hubieras preguntado si yo quería algo. Éramos como de la misma talla.

FLORA

No. Quemé toda la ropa nueva.

ELENA

¿Qué? ¿La ropa especial? ¿Cuándo?

FLORA

Ayer apenas.

ELENA

¿Y ahora con qué te vas a vestir, muchacha tonta?

FLORA

También quemé toda la ropa vieja. A partir de mañana no voy a salir de mi cuarto. Y para que lo sepan: el mundo de hoy es de los gordos, como yo. No puedes entrar en un lugar sin ser notado, ocupas más de un asiento en el autobús, todo el mundo se voltea a ver. Llamamos la atención por todas partes. Y cada vez somos más.

EGLANTINA

Uy, qué miedo.

ELENA

(Y se ríen de tí.) Y en el avión te cobran doble el asiento. Lo que no entiendo es cómo llegaste a esto, qué te pasó. Nunca lo voy a comprender, hija. Que voluntariamente te conviertas en un... en un...

FLORA

No viajo en avión. (Sencillamente me vale.)

ELENA

Por cierto, tomaré vacaciones. Me iré a la playa la semana próxima. (Y entonces tendrás que salir de tu cuarto.)

EGLANTINA

No me habías dicho nada. Me hubiera gustado ir.

ELENA

Tu hermana no puede quedarse sola con la fonda.

EGLANTINA

La podrías invitar también. Y cerramos unos días. Ponemos un letrero: cerrado por vacaciones.

ELENA

Ni pensarlo. Desde aquella vez en que me acompañaron a Ixtapa y tu hermana se enfundó el bikini verde perico, les dije que nunca más volvería a pasar esa vergüenza. (Qué descaro.)

FLORA

Ya terminé de acomodar las sillas. Me voy.

EGLANTINA

¿Al jardín?

FLORA

No te burles. Si te lo conté es porque eres mi hermana.

EGLANTINA

Aunque papá era más tu padre que mío.

ELENA

No entiendo eso del jardín. ¿A qué parque vas?

EGLANTINA

Dice que ahí, en la casa.

ELENA

Apenas unas cuantas plantas tenemos, y ni siquiera se dan bien por falta de sol. ¿Y tú tienes un jardín? Lo que faltaba. Que además de obesa, estés perdiendo la cabeza.

FLORA

(Como Alicia.)

*Tregua.*

EGLANTINA

Preparé cerdo en salsa de longaniza.

FLORA

Qué rico.

EGLANTINA

Pero no te voy a dar ni un taco, hermanita.

ELENA

Prohibido para ti el cerdo. Te puede dar una alergia o algo peor. Además todo eso es muy grasoso. Le gusta a la gente que viene, pero tú no debes...

FLORA

¿Y qué voy a comer?

EGLANTINA

Hay un poco de apio.

*Tregua.*

FLORA

No soy conejo.

ELENA

No, eres mi elefantito, pero los paquidermos también comen plantitas.

FLORA

¿Qué traen contra mí?

EGLANTINA

Nada, nada. Es simplemente que... (¿No te has visto?)

ELENA

Ya lo pensé mejor. Te llevo a la playa Eglantina. Así tu hermana aprenderá a extrañarnos. Y si ella se encarga de la fonda, tal vez se hastíe de tanta comida y olores y platos sucios y tenedores, y encontremos una Flora distinta.

EGLANTINA

¿De veras, mamá?

ELENA

Por la noche haces tus maletas y salimos muy temprano en la mañana.

FLORA

Pues no voy a comer tus platitas. Gracias.

ELENA

Pero no te sientes todavía, Flora, te falta trapear. Y yo voy a darle un toque final al guisado.

EGLANTINA

A trapear. Es muy buen ejercicio. Aunque te tardas tanto. Con ese sofoco que te hace detenerte a cada rato. A trapear.

FLORA

A trapear. Quitar el polvo. Cubrir el piso de agua, y esperar a que seque. Podría trapear sentada, con el trapeador y estirándome un poco. Un elefante se columpiaba sobre la tela de una araña. Como veía que resistía, fueron a llamar a otro elefante. Dos elefantes se columpiaban...

---

3

FLORA

*Frente al espejo.*

Sólo vine a ver el jardín, dijo Alicia. Qué hermoso está. El jardín es verde. Lo verde es inmaduro. Un jardín es como un bosque. Si me quedo quieta, mirándolo, nada puede pasar. En mi cabeza el jardín es siempre verde. En el jardín también cortan cabezas.

*Tregua.*

La casa para mí sola. Ellas en la playa. De todos modos yo no quería ir. El bikini verde perico ya no me queda. Y está pasado de moda. Aquella vez me lo puse a propósito. Quería que toda la gente del hotel me mirara con morbo, porque aunque fingían, en sus pupilas adivinaba el rechazo y la curiosidad. Esas miradas morbosas sacian mi apetito de vanidad. Ese interés malsano sustituye a la atracción. Y me gusta provocarlo. Ahora sí, puedo entrar en mi jardín sin interrupciones.



*Se desnuda parcialmente.*

Una vez, cuando los camiones tenían torniquetes, pagué al chofer y traté de pasar pero me atoré entre un tubo y el otro. El ridículo sólo se amortiguó con el morbo de los pasajeros que me miraban con ganas de reír. Es chistosa la gente en situaciones así. Miran pero no miran. Tratan de que uno no se percate de lo que hacen. Pero es más evidente. No me molestó y ahí me quedé unos minutos. Luego el chofer se ofreció a ayudarme y tuvo que desarmar el aparato, quitarle un brazo, ante la desesperación de los pasajeros. Algunos se bajaron diciendo groserías. ¿Dónde dejé el traje? Es verde. Yo creo que lo boté en el fondo del cajón. O lo quemé con todo lo demás.

*Busca en el clóset.*

Aquí está. A ver si es cierto que no me queda. Yo no siento haber subido tanto de peso, como dice Eglantina.

*Se pone el traje de baño que se vuelve minúsculo en su enorme cuerpo.  
Se escuchan voces lejanas.*

ADOLFO  
Holaholahola...  
FLORA

Ay, no. Hay alguien abajo. ¿Mi mamá y Eglantina se habrán regresado? No creo. La recámara de Eglantina me gusta más que la mía. Siempre he querido un espejo como este, de puerco entero, donde quepo completita. Pero en mi cuarto no hay espacio, y cuando está mi hermana ella no me deja verme en este, dice que lo voy a romper. Ahora estoy sola.

ADOLFO  
Elena, ya llegué. Elena.

*Adolfo abre la puerta de la recámara.  
Flora no lo ve.*

FLORA  
Elena dirá lo que quiera pero soy hermosa. Mi piel color de piñón y grande. Mucha piel suave es mejor que pellejos escasos. Me gusta. Me gusta. Soy muy suave. Y tengo mucha, mucha piel.

*Ve a Adolfo por el espejo.*

FLORA  
Ay, Ay, váyase. ¿Qué hace aquí? Policía, auxilio. Policía. ¡Mamáaaa!  
ADOLFO  
Soy, yo, sobrina, cálmate.

FLORA

Ay, tío. Me asustaste.

ADOLFO

¿Y Elena? ¿No está?

FLORA

No, tío Adolfo. No está.

ADOLFO

¿Estás sola?

FLORA

Sí. ¿Cómo entraste?

ADOLFO

(No sabe lo de la llave.) Estaba medio emparejada la puerta. Vine a ver a tu mamá. Me dijo tu hermana que se había puesto mal. ¿Dónde están? ¿En el hospital?

FLORA

No, no. Nadie está enfermo. Fueron a la playa.

ADOLFO

¿Y no te llevaron? Tan bien que te queda tu bikini.

FLORA

No quise ir. Bueno, no puedo.

ADOLFO

Es un traje muy pequeño.

FLORA

Para un cuerpo grande. Tienes razón.

*Tregua.*

ADOLFO

Ah, cierto. Pues a lo mejor me regreso a vivir a México. ¿No te lo dijo tu mamá?

FLORA

(Qué mal.) Ah, qué bien, tío.

ADOLFO

Y tu mamá me ofreció un cuarto aquí.

FLORA

¿Aquí? Pero si sólo son dos cuartos. Uno de mi mamá y otro de Englantina. Yo tengo el de servicio.

ADOLFO

Ya nos arreglaremos. Te queda bien el verde perico.

*Tregua.*

FLORA

¿Entonces te regresas a México?

ADOLFO

Sí. En Los Ángeles ya no tengo chamba. (Y justo cuando me acababa de comprar mi Honda.)

FLORA

Con razón. Mi mamá dice que no das para el doctor y medicinas de mi abue.

ADOLFO

No tengo dinero. Me quedé sin chamba.

FLORA

Desde que tenías trabajo. No le dabas.

ADOLFO

Le traje unas galletas. Ya ves que a la abue siempre le gustaron las galletas gringas. Y bueno, eso es dar algo. Uno da lo que uno tiene, sobrina.

FLORA

Sin duda, tío. Uno da sólo lo que uno puede. Es como eso de pedirle peras a un olmo, o algo así.

ADOLFO

Debería darte gusto mi regreso.

FLORA

No me da.

ADOLFO

Podemos ir a comer helado.

FLORA

Ya no me gusta.

ADOLFO

O al parque.

FLORA

Para eso voy a mi jardín.

ADOLFO

¿De qué jardín hablas?

FLORA

Sólo yo puedo ir.

ADOLFO

No estuvo tan mal, sobrina.

FLORA

Ni tan bien.

ADOLFO

Creí que ayudaría a fortalecer tu autoestima.

FLORA

No quiero pensar.

ADOLFO

Son bonitos recuerdos.

FLORA

Me das asco.

ADOLFO

Sobrina, qué pasó.

FLORA

Vete, vete.

ADOLFO

No seas así. Dame un besito.

FLORA

Si no sales de aquí...

ADOLFO

Sí das miedo, Florita. Eres peso completo.

FLORA

No te quiero aquí. Fuera.

ADOLFO

(No sabe lo de la llave.) Me voy. Bueno.

FLORA

Largo de mi casa. De mi jardín.

ADOLFO

¿Cuándo regresa tu mamá?

FLORA

No sé. Pronto.

ADOLFO

Fue un gusto verte. Y ahora nos veremos más seguido.

---

4

FLORA

Sólo vine a ver el jardín, dijo Flora. El jardín es verde en el cerebro, porque en realidad es el centro del mundo. Como mi ombligo que es más centro porque mi vientre parece más mundo. Flora es gorda sólo en la idea. Porque si me miran con cierta misericordia, verán que no estoy tan pasada de peso. Incluso hay gente aún más obesa, mórbida, le dicen. Con pasión. Si me ves con pasión, tal vez hasta despierte en ti algún deseo. Soy como el sol que dibujan los niños: redondo y más grande que una casa; soy una esfera de cristal, me rompo fácilmente frente a alguien impertinente. Sola atravesé mi infancia como la caperucita en el bosque antes del encuentro feroz. Como ella, tengo una abuela. Yo sola, crucé el jardín, llevando la cesta. No confundí a la abuela con el lobo, no. Ese lobo era incapaz de la sutileza de un disfraz. El bosque no es verde sino en el cerebro. Mi abuela dio a luz a mi madre, antes de que nacieran sus medios hermanos. Pegué al lobo en mi cuaderno escolar, junto a una reproducción de Botero.

---

5

*Sala de espera en un consultorio.*

ADOLFO

Disculpa que me entrometa.

BETY

¿Me habla a mí?

ADOLFO

Sí, no hay nadie más.

BETY

Ah. Cierto. Diga.

ADOLFO

¿Este doctor es internista?

BETY

Endocrinólogo.

ADOLFO

Ah. Y ¿qué es lo que cura?

BETY

Cualquiera lo sabe. Las glándulas. Como la pineal.

ADOLFO

Ah.

Tregua.

ADOLFO

¿Y tú tienes glándula?

BETY

Qué gracioso. Todos las tenemos, señor. (Qué impertinente.)

ADOLFO

Ah. (Yo también tengo una glándula pineal. Y bien grande.)

*Tregua.*

BETY

¿Tiene cita? ¿Cómo es posible que venga a consulta sin saber la especialidad del médico?

ADOLFO

No, no tengo cita.

BETY

Entonces no lo va a recibir.

ADOLFO

Deberías comer mejor.

BETY

¿Cómo se atreve...? Disculpe. ¿No comió? ¿También tiene problemas de tiroides?

ADOLFO

No yo. Tú. Tú deberías comer más. A ver. ¿Cuánto pesas?

BETY

(¡Qué pregunta!) Mire señor. Eso no se platica con cualquiera. A que yo no le pregunto ¿cómo se quedó calvo? O ¿Cómo le hace para tener esa panza? (¿y ser tan feo?)

ADOLFO

Insisto. Viéndote bien, yo calculo que pesas unos cuarenta... cuarenta y tres kilos.

BETY

Frío, frío.

ADOLFO

Si yo estuviera como tú, en los huesos literalmente, también tendría frío. ¿Sabes que los leones marinos tienen diez centímetros de grasa para aguantar los fríos polares?

BETY

No.

ADOLFO

¿Vienes sola?

BETY

No. O sí. ¿Qué le importa?

ADOLFO

De pocos amigos. De seguro no te leían cuentos de chiquita. Yo alguna vez le leí a mi sobrina el de Caperucita y el lobo feroz. Qué simpático es ese animal. ¿Lo conoces?

BETY

Claro que no. No existe.

ADOLFO

El cuento.

BETY

No. Digo sí. ¿Y usted?

ADOLFO

No te digo que yo se lo leía...

BETY

Que si viene solo.

ADOLFO

No. Mi hermana y mi mamá. Vengo con ellas. (Pero me escapé. Mi vida se ha vuelto escapar y correr de un lado a otro.) También le leía Alicia en el país de las maravillas.

BETY

(Que le corten la cabeza.) No me interesa su vida.

ADOLFO

No. A mí tampoco. Digo, mi vida.

*Tregua.*

BETY

Si este no es su doctor, ¿qué hace aquí?

ADOLFO

Espero. Como tú. Ya te dije. Pero no escuchas. Tal vez también adelgazó tu oído.

BETY

Yo tengo cita.

ADOLFO

Yo espero que mi hermana se olvide de mí. Que ella se encargue de todo lo de mi mamá junto con mis sobrinas, para yo irme con mis cuates que viven cerca de aquí.

BETY

¿Y por qué no se va y ya?

ADOLFO

Si te contesto, ¿me dices cuánto pesas realmente?

BETY

Está bien. (Qué pesado.) Pero se va, ¿eh?

ADOLFO

No me voy porque tengo tan mala suerte que me la encontraría en el elevador. Ella en realidad está en geriatría. Y vine aquí a esconderme. Y qué bueno que no las ha visto pero se pone como una fiera enjaulada tratando de despellejarme.

BETY

Parece niño chiquito.

ADOLFO

No tan chiquito como tú. (Parece que no se da cuenta.)

BETY

Grosero. Es una impertinencia y falta de respeto, y hasta intolerancia, hablar con las personas desconocidas sobre su peso. Sean obesos o esmirriados, señor. Y hay una ley contra la discriminación. ¿Lo sabía?

ADOLFO

No vas de mandarme por platicar, ¿verdad? Ya, en serio, ¿cuánto pesas?

BETY

Treinta y cinco mil gramos.

*Tregua.*

ADOLFO

Vaya. Qué flaquita. ¿Cómo cuanto es eso?

BETY

Treinta y cinco kilos. (Qué idiota.)

ADOLFO

Si te viera Eglantina. Más bien Flora.

BETY

¿Quién?

ADOLFO

Mi sobrina. De la que te he hablado.

BETY

Suena a gelatina.

ADOLFO

No. Flora. Me refiero a Flora. A la que le leía el cuento del lobo feroz y de Alicia.

Eso, eso. Si nada más la vieras. Ella sí es una gran gelatina, una enorme gelatina de unos ciento cincuenta kilos de peso, que tiembla cuando camina.

BETY

Más de cien kilos.

ADOLFO

Tres veces tú. O poco más.

BETY

Más cuarenta y cinco kilos.

ADOLFO

¿Cuarenta y cinco?

BETY

¿No sabe multiplicar?

ADOLFO

No quiero multiplicar.

BETY

Treinta y cinco por tres igual a ciento cinco kilos.

ADOLFO

Ella pesa ciento cincuenta o algo así.

BETY

Por eso. Es tres veces yo, menos cinco kilos. Queda cien. ¿OK?

ADOLFO

OK, ok. Pues insisto. Deberías comer más.

BETY

Ahí viene la enfermera.

*Tregua.*

ENFERMERA

Pasen por favor.

ADOLFO

No, yo no...

ENFERMERA

Sí, señor, es importante que acompañe a su hija.

ADOLFO

Es que yo...

ENFERMERA

Ándele, pase. No pasa nada. Ella nada más se desnuda y el doctor evalúa su progreso. Pásele, pásele.

BETY

Ándale. Para que veas cuál es mi peso ahora. Ándale papá.

ADOLFO

Está bien. Y luego te cuento la historia del lobo feroz.

---

6

FLORA

Frente al espejo.

El lobo no me alcanzaría, dijo Flora, porque para llegar a mi corazón, tendría que comer primero toda la grasa de mi cuerpo grande, todo el mundo alrededor de mi ombligo. Hay quien imagina que yo no puedo esperar amar y ser amada. Lo veo en sus ojos, lo piensan y su pensamiento se dibuja en las pupilas, como un teatro de sombras. Piensan que soy un ser impotente e imponente, elefántica señorita que no puede desear con el amor sensual de una mujer perfecta.



*Tregua.*

Al lobo feroz hay que matarlo antes de que se disfrace. No merece la piedad de nadie.

ELENA

Eglantina, Eglantina. ¿Dónde andas niña?

FLORA

(En el jardín.) Ahora salgo.

*Cierra la puerta del clóset, ocultando el espejo.*

FLORA

Ah, mamá, eres tú.

ELENA

La abuela se puso muy mal. ¿Llegó tu tío?

FLORA

Hoy no lo he visto. ¿Qué tiene la abuela?

ELENA

Sus pulmones están... colapsados, dijo.

FLORA

Lo malo es que se fueron a la playa.

ELENA

No me echas eso en cara. Yo qué iba a saber que mi mamá se iba a poner mal.

FLORA

Oye, ¿y es cierto que se va a quedar aquí el tío (mediotío) Adolfo?

ELENA

Es probable.

FLORA

No saldré de mi cuarto.

ELENA

Dices que quemaste tu ropa, pero te veo muy vestida.

FLORA

Casi toda.

ELENA

Dices que te vas a encerrar en tu cuarto, pero te veo en el de Eglantina.

FLORA

Sólo vine a ver el jardín.

ELENA

Ya, niña. No digas tonterías. Y sí. Es muy probable que mi hermano...

FLORA

Medio hermano.

ELENA

Como sea. Se quede aquí uno días o semanas.

FLORA

No saldré.

ELENA

Como quieras.

FLORA

Siempre se aprovecha. ¿Puedes creer que le trajo a la abuela sólo unas galletas baratas? Y allá a lo mejor no hay de animalitos, si no de esas le hubiera traído.

ELENA

Ya, niña. ¿Qué traes contra Adolfo?

FLORA

Y no pone ni un peso ni para sus medicinas y menos para el hospital.

ELENA

¿Vas a volver a la fonda?

FLORA

No. Si ese tío se queda, no voy a trabajar en la fonda.

ELENA

Para buscar a alguien que ayude a Eglantina.

FLORA

¿Y Adolfo?

ELENA

Yo me arreglo con él. No ha de tardar en traer sus maletas.

FLORA

(Que le corten la cabeza.) Ya regresó el lobo. Hay que buscar refugio.

---

7

FLORA

Tal vez sean mis últimas visitas al jardín. He esperado un poco de simpatía, piensa Flora. Pero no una como una misericordia apasionada. No quiero que me vean como aquel muchacho de la preparatoria que pensó, lo pensó como ustedes, que yo sólo soy una mujer paciente en la espesura de mi cuerpo enorme, sin darse cuenta de que debajo de mis vestidos amplios respira, siente y espera un cuerpo desnudo, el cuerpo de una mujer que anhela ser poseída. Sólo espero un poco de humanidad. No esa agitación de la otra persona frente a mí, por librarse lo antes posible de la emoción molesta que causa la deformidad ajena. Esta no es misericordia verdadera, sino una forma instintiva de ahuyentar de la periferia propia la pena ajena. Quiero la única piedad no sentimental, la que sabe lo que quiere y está dispuesta a acompañarme hasta el límite de sus fuerzas y más allá de ese límite. ¿Existe esa clase de simpatía para mí, para Flora?

---

8

*Adolfo y Bety en la sala de espera.*

ADOLFO

Pues parece que no hay muchas esperanzas, ¿no?

BETY

Nunca he esperado nada.

ADOLFO

¿Te gustas así?

BETY

¿Así cómo?

ADOLFO

Tan delgada.

BETY

Mírame bien. Porque cuando me veo en el espejo, me encuentro con una mujer de talla perfecta. Me puedo poner lo que quiera y me veo elegante. No como las gordas, obesas que tienen que usar blusas amplísimas con metros y metros de tela. Aunque he visto algunas que llevan mallas y blusas pegadas al cuerpo, a la lonja, la grasa. Es algo realmente desagradable.

ADOLFO

Eres discriminadora tú también. El cuerpo es el cuerpo.

BETY

No me juzgue más de lo que ya se dio el lujo de hacer allá dentro. Me arrepiento de haber jugado al juego del papá y la hija.

ADOLFO

Pura curiosidad científica, hija.

BETY

Ya déjeme. Vaya a buscar a su esposa o su mamá o lo que sea. (¿Y qué tiene éste de científico? No sabe ni multiplicar.)

ADOLFO

¿Cómo me dijiste que te llamas?

BETY

No dije.

ADOLFO

Necesito tu nombre para ubicarte en mis recuerdos.

BETY

Puede poner "anoréxica de treinta y cinco kilos".

ADOLFO

No. El nombre.

BETY

Para nada. No quiero que se masturbe pensando en mí.

*Tregua.*

ADOLFO

Me voy. Mucho gusto doña anoréxica. Espero que llegues a mi edad.

BETY

Ayúdeme a sentarme, por favor. Me siento débil.

ADOLFO

Te podría pasar parte de mi panza. Un poquito en las piernas, otro poco en las nalgas.

BETY

Qué asco.

ADOLFO

Es increíble que peses tan poco. Como una niña.

BETY

No soy una niña.

*Betty muestra sus senos pequeños.*

BETY

Me llamo Betty.

ADOLFO

A mí me dicen el lobo feroz.

---

9

ADOLFO

Nunca la voy a olvidar. Era increíble cómo resaltaban sus huesos. Y cómo se le veían grandes los ojos, como de muñeca. Verla me produjo una mezcla de fascinación y asco. Repulsión es la palabra. Como en esa película de Isabel Adjani... Obsesión... Ella muy hermosa sale de su departamento donde vive con su guapo amante, para ir a meterse a un departamento sórdido y encontrarse con aquella cosa... Aquel ariete gigante, pegajoso, blanquecino y lleno de pulsiones que la penetraba una y otra vez hasta romperla... No sé por qué pienso en eso ahora. Es que esas escenas me producían también fascinación y asco. Y no es que sea desagradable. No. Al contrario. En mi vida he buscado esa mezcla, pero no es fácil encontrarla. Una vez, en la concesionaria, vendí un Honda a una mujer tan delgada y alta que parecía que la piel se hubiera tenido que estirar para cubrirla toda, y era casi transparente. El cabello negro y los ojos azules azules. No era de esas mujeres que te provocan deseo, pero me inquietaba y empezó ahí la fascinación. Cuando nos sentamos para revisar el contrato de compra-venta ella abrió las piernas frente a mí, como Sharon Stone en aquella película... Bajos instintos o algo así, Instinto básico... abrió las piernas y dejó ver su pelambre negra, rizada que me produjo asco al principio, pero poco a poco, fue apoderándose de mi cerebro y empecé a tartamudear. Para rematar con esa carne viva, de color ambiguo, inquietante. Hasta ese momento, ella cerró las piernas. Y ahí tuve otra vez la combinación de fascinación y asco. Lo mismo me pasó con aquella joven del consultorio. Pero lo más impresionante, fue que no se

quedó ahí la cosa. Al verla, en mi mente, aparecía también Flora, con toda su grasa y su piel extensa. Y las imaginaba a las dos en la cama. Fascinación y asco al máximo. Una tan flaca y a punto de quebrarse como un parabrisas golpeado por una piedra en la carretera. La otra gorda y a punto de flotar como un globo de no ser por la fuerza de gravedad. Cuando ella era pequeña le contaba aquel cuento de Caperucita y el lobo feroz. Su mamá, mi hermana, o mejor, mi media hermana, se iba al cine con mi medio cuñado. Yo cuidaba a Flora. Hice lo mejor que pude. Traté de refrenar el deseo de preparar la mezcla de asco y fascinación. De verdad lo intenté. Luego me fui a Los Ángeles unos diez años, la dejé de doce años, y ahora la encuentro así. Su mamá me contó que cuando me fui, durante varios meses, la niña se levantaba, dormida, sonámbula... Llegaba hasta la ventana, miraba hacia afuera, a la calle vacía para decir: Sólo vine a ver el jardín.

*(Tregua)*

10

ELENA

Vaya, ya llegaste Adolfo. ¿Qué te pasó?

ADOLFO

Te estuve esperando.

ELENA

Siempre haciéndote el occiso (pendejo).

ADOLFO

Me perdí.

ELENA

Cómo no.

ADOLFO

Me confundí y las esperé en otro consultorio.

EGLANTINA

Hola tío. ¿Qué, te vas a quedar?

ADOLFO

Unos días.

ELENA

Eso espero. ¿Tienes la llave?

EGLANTINA

¿Tiene llave de la casa?

ELENA

Se la di hace tiempo. Pero quiero que la devuelvas cuando te vayas.

ADOLFO

¿La llave?

EGLANTINA

(¿Tienes una llave de nuestra casa?)

ADOLFO

(Me la dio mi media herma... media hermana.

ELENA

Ajá. Mejor dámela ahora para que no se nos olvide.

ADOLFO

No la traigo.

*Tregua.*

ADOLFO

Vi a la mujer más delgada del mundo.

ELENA

Ya, déjate de esas cosas. Siempre lo mismo. Que si flaca, que si gorda, que si joven que si vieja.

ADOLFO

Pesaba treinta y cinco kilos.

EGLANTINA

No puede ser. Estaría muerta.

ELENA

Un niño de ocho pesa eso.

ADOLFO

Depende del niño. Yo conozco uno que a los diez pesaba ochenta kilos.

ELENA

Ya cambia de tema.

ADOLFO

¿Te da asco? ¿Hablar del cuerpo?

*Tregua.*

*Entra Flora con una bolsa llena de algo.*

FLORA

Estoy triste.

ADOLFO

¿Por qué? Eres joven...

ELENA

Hola hija. Tú, mejor cállate, Adolfo.

FLORA

Porque dijo el doctor que la abuela va a seguir en el hospital indefinidamente. Y nunca llegaré a verla, y el lobo me atraparé en el camino.

ELENA

¿Qué dices, niña?

FLORA

Sólo vine a ver el jardín, para estar sola.

EGLANTINA

Trae eso desde hace días.

ELENA

Cada vez está más gorda. Y se pone triste.

ADOLFO

¿Y no han sabido la causa? Esa muchacha que les digo, estaba con un un médico especialista en el cuerpo.

EGLANTINA

Flora ya ha visto a todos los médicos posibles.

ELENA

Come mucho.

ADOLFO

No tanto.

FLORA

No hablen como si yo no estuviera. Sólo vine a ver el jardín para olvidar. Y esperaba que alguien me cortara la cabeza. No soy yo desde aquel día, tío Adolfo.

ELENA

¿De qué habla, Adolfo?

ADOLFO

No sé.

FLORA

Así como entraste el otro día a mi cuarto, así lo hiciste hace años.

ELENA

¿Cuándo te di las llaves?

FLORA

Entraste, lobo, y pusiste tus patas sucias en mi jardín. Luego salió mucha sangre. Y tú la limpiaste con tu lengua. Pero mi jardín no era el mismo. Nunca fue el mismo.

ELENA

¿De qué habla la niña, infeliz?

ADOLFO

Yo había venido a buscarte, hermana.

EGLANTINA

Media hermana.

ADOLFO

Y no estabas. Sólo estaba Flora, arriba. Salía de bañarse. Eso es todo. Se asustó al verme. Y me fui.

FLORA

El lobo pasaba la larga lengua por sus dientes, sus colmillos. Se relamía. Y yo estaba desnuda. Indefensa. Mojada y envuelta en una toalla. Dije al lobo que iba a ver a la abuela. Y él me jaloneó, me tumbó y pisoteó mi jardín.

*Todos se miran. Flora sale.*

---

FLORA

*Frente al espejo.*

*A un lado una charola con pastelillos comerciales (como Gansito o Twinky Wonder.)*

*Con un carrete de hilo dental, corta largos tramos que acomoda junto a ella.*

Mi cuerpo es hermoso porque funciona. Me lleva y me trae. Y lo observo en sus funciones vitales. A veces me tropiezo con mis propias piernas que se me trenzan como las de una muñeca de trapo, pero... Mi cuerpo suda y hace ruidos; digiere y caga; siente cosquillas en toda la piel. Como en mi cuello. Tu cuerpo es grande, Flora. Me acaricio y me recorre un escalofrío, un placer que se extiende desde mi ombligo a todo mi cuerpo, hasta el dedo meñique del pie. Me gustaría alcanzarlo, pero sólo puedo verlo desde aquí. Rosado y pequeño. (Me gusto. Me quiero. Me gusto. Me quiero.) ¿Pero por qué todos me miran sin clemencia y sin piedad alguna? Porque ese tipo de acercamiento que yo quiero no existe. No la hay, Flora. Ya no la busques. Por eso, no me importa cuánto peso, porque cuanto más peso, más espacio ocupo en el mundo, mi huella es más pesada, y nadie puede dejar de verme. Ya no voy a subir y bajar las sillas apiladas. Ni a limpiar y trapear, para volver a lo mismo al día siguiente. Voy a hacer un último esfuerzo para bajar de peso. Me voy a amarrar los dientes con hilo dental. (Me gusto. Me quiero. Me gusto. Me quiero.) Ahora sólo voy a beber líquidos de verduras que se deslicen por un lado de la hilera de dientes y lleguen a la garganta. Tengo que dejar un hueco para el popote.

Sólo vine a ver el jardín, dijo Alicia, dijo Flora. Y estaba en el centro del mundo, el único jardín. Yo también sólo quise ver el jardín, el bosque, pero llegó aquel lobo feroz. El jardín es verde en el cerebro. Porque el cerebro pone los colores al mundo.

Porque mi cerebro ya no puede hacer verde el bosque. Todo es incoloro. Sólo la comida tiene color y sabor. (Me gusto. Me quiero.) Mi jardín es mi cuerpo, es mi silencio.

El lobo no merece la piedad de nadie. Ni siquiera esa que surge de lo más bajo, de lo más egoísta. Sólo espero un poco de cariño. No la cobarde y sentimental. Ésa es sólo la impaciencia por librarse lo antes posible de la emoción molesta que causa la deformidad ajena, la gordura, mi obesidad.

Cuando doy un paso, retiembla la tierra, se cimbra un edificio. Cuando extendiendo mi mano en un saludo, el otro la mira como si extendiera su pata un mastodonte. Cuando voy a una fiesta se apresuran a ofrecermme un sillón fuerte y macizo. Una vez, en unos quince años, en la sala de la casa de mi amiga, me senté en aquel sillón. Te sentaste y sonreíste a los presentes. Ahí estaba él. (Me gusto. Me quiero. Me gusto, me quiero. Megustomequiero megustomequieromequieromegusto.) Él te miró. Con esa amabilidad malsana que hace creer a quienes la sienten que son buenos. Me vio unos segundos. Yo, con mi copa en la mano, sonreí y pestañeeé. El soltó una



carcajada y miró, cómplice, a sus amigos. Y entonces. Pasó. (Megustomequierome gustomequieromequieromegusto.) El sillón se cimbró, abrió las patas, dejándose violar por el peso de mis nalgas y mis muslos. Y en unos segundos yo estaba en el piso, en medio de maderas y hule espuma forrado con tela de cuadritos. Sólo vine a ver el bosque, dije. Y me solté llorando. El muchacho se levantó con lágrimas de risa tratando de no mirarme, pero cediendo a la curiosidad. Nada de misericordia. Y yo sola.

*Se mira al espejo con los dientes apretados y juntos.  
Amarra los dientes con el hilo dental.  
Abre los paquetes de pastelillos que toma de la charola, y los estrella sobre los  
dientes amarrados.*

FLORA  
Sólo quería ver el jardín. Sólo eso.

*Tregua.*

Silvia Peláez. Correo electrónico: [sapelaez@prodigy.net.mx](mailto:sapelaez@prodigy.net.mx)

Todos los derechos reservados.  
Buenos Aires. 2013

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral  
Buenos Aires. Argentina. [www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar)  
Correo electrónico: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)